

LA CAMILA
ó la Patriota de Sud-América
Drama sentimental en cuatro actos

POR

CAMILO HENRIQUEZ

1769—1825

◀Publicado por primera vez en 1817 por la Imp. Benavente y Ca.,
Buenos Aires)



A LOS SEÑORES GAVE Y ACROVE.

El suceso más feliz que deseo á esta débil producción de mi fantasía, es que en todos los teatros del mundo alcance á hacer resonar vuestros respetables nombres, y la dulce memoria de aquella amistad fraternal y oficiosa con que en Lima me favorecisteis (1).

CAMILO HENRÍQUEZ.

(1) Alude á la escena I del acto II.



Sobre el traje de los Actores

El de los señores de Quito será cual conviene á una familia ilustre, emigrada y reducida á la pobreza. Aseado; pero muy sencillo.

Para los indios: el que se dice introdujeron los misioneros jesuítas en los pueblos que formaron y civilizaron en Mainas. Ellos les enseñaron los tejidos y otras artes. Para las mujeres: túnica muy larga de muselina blanca, cinturón ancho y negro, manto corto negro y suelto, prendido al pecho por dos de sus puntas, sombrerillo de paja con plumas blancas, pelo corto, chinela blanca de pita, abanico gracioso de plumas para defenderse de la multitud de mosquitos, cuchillo de monte á la cinta, y un pequeño bastón debajo del brazo, por el peligro de las fieras.

Para el cacique: camisa y calzón blanco, ancho y largo á la asiática, ceñidor azul, chinela blanca, poncho corto y negro, sombrero de paja con largas plumas negras, cuchillo de monte á la cinta, bastón con puño de oro.

El ministro: el mismo traje, un bastón fuerte sin puño.

El indio ilustre: de cazador, camisa, calzón largo y blanco, ceñidor azul, sin poncho, gorra negra con largas plumas negras, flechas á la espalda, lanza en mano, cuchillo á la cinta, chinela de cuero

El paje: el traje anterior, sin flechas.



Advertencias

Consta, por todo género de documentos, que en la primera subyugación de Quito, algunos soldados ebrios del presidio se amotinaron y mataron al capitán Galup de las tropas de Lima.

Al instante, su hijo, oficial de la guardia que custodiaba á los patriotas presos, abrió los calabozos y mandó asesinar á diecisiete personas, casi todas respetables. Tales eran don Juan Salinas, el cura Riofrío, el doctor Morales, secretario del señor Carondelet; el doctor Quiroga y otros. Sólo escapó con la vida el padre Castelo. En seguida las tropas limeñas se esparcieron por la ciudad saqueando y asesinando. Se aseguró, que cerca de quinientas personas fueron asesinadas, entre ellas el amable canónigo Batallas, conocido en Chile. Los magistrados y los jefes miraban los crímenes con fría indiferencia. El furor parecía interminable; hasta que el venerable obispo, el señor Cuero y Caicedo, obtuvo con sus lágrimas la vida de la desgraciada ciudad. Esta quedó en un luto y en una confusión espantosa. Muchas señoras, muchas familias ilustres, huyeron á pie á los montes. Por muchos días no se supo con certidumbre quiénes y cuantos habían perecido. La emigración continuó, y apenas había quién se atreviese á volver, con la experiencia de las anteriores perfidias.



Actores

DON JOSÉ, caballero de Quito.

DOÑA MARGARITA, su mujer.

CAMILA, su hija.

EL CACIQUE de los omaguas.

LA CACICA, su mujer.

Un amigo del cacique con el nombre de su ministro.

YARI, indio ilustre.

COPÍ, paje del cacique.

— — —

La escena es á la márgenes del río del Marañón, ó de las Amazonas. La época, algunos meses después de la primera subyugación de los patriotas de Quito.



ACTO PRIMERO

Vista de una choza en un pequeño placer rodeado de arbolillos.
Un banco tosco.

ESCENA PRIMERA

DON JOSÉ Y DOÑA MARGARITA

DOÑA MARGARITA.—Una persona sola, cuando se halla en trabajos, siente solamente sus propias desgracias. No así una amorosa madre de familia. Ella padece todas las amarguras que sufren su marido y sus hijos. Y ¡ay de aquella que ve los pesares de una hija, la más amable de las criaturas! Oh! en los reveses de la revolución nuestros corazones padecen mucho. Las americanas, que somos tan sensibles, y que no estábamos acostumbradas á estas cosas, vemos con indecible dolor los riesgos y los trabajos del esposo y de los hijos. La revolución trae tantos peligros, tantas angustias! Y ¿quién pondrá pintar las molestias, las pesadumbres, las necesidades que acompañan á una penosa emigración?

DON JOSÉ.—Dios pondrá remedio. Es necesario llevarlo todo con paciencia.

DOÑA MARG.—Desde que el miedo de las crueldades españolas nos tiene en estas selvas horrorosas y solitarias, no había sentido un consuelo tan dulce como el de hoy con el hallazgo que hiciste de esa cruz de madera con su inscripción, que dices está en latín. ¿Con que

otros cristianos habían vivido en estas incultas orillas, morada de salvajes errantes, de serpientes y de fieras?

D. JOSÉ.—¿Hasta cuándo te parecerán horribles estas regiones, donde es tan risueña y fecunda la madre naturaleza? Hablas de fieras y de serpientes, y no te acuerdas que has conocido á los mandatarios españoles, y que ellos son para los americanos más feroces que los tigres y que las culebras.

DOÑA MARG.—Así es. Estoy pensando que tal vez los jesuítas pondrían esa cruz.

D. JOSÉ.—Los jesuitas señalaron en estos rudos países su celo apostólico y su beneficencia. Ellos ganaron con beneficios el corazón de las tribus salvajes. Formaron muchas poblaciones. Les hicieron conocer el pudor y la decencia. ¡Qué respetables aparecen á la vista del hombre pensador aquellos extranjeros, que enseñaron á estos pobrecitos á labrar la tierra; á amar á sus esposas; á criar sus hijos, como se hace en los pueblos civilizados, aficionándolos al trabajo y á las costumbres blandas y benéficas! Ellos procuraban que la humanidad olvidase las atrocidades de los conquistadores de América. Mas, esta cruz no fué puesta por los jesuítas. Ella es una memoria que dejó de su tránsito por este río Monsieur de la Condamine, de la academia de ciencias de París, y amigo íntimo de tu abuelo, el señor don Pablo, que Dios tenga en gloria. La inscripción puesta en castellano dice así:

«Carlos de la Condamine,
al pasar de Quito al Brasil
por el río de las Amazonas».

DOÑA MARG.—Mi abuelo se acordaba mucho del señor de la Condamine; decía que le había de ser siempre grata su memoria. ¿Sabes que se llevó el retrato de mi tía

Isabel? ¿Decía que sus ojos tenían un reflejo celestial, y que en su boca se sonreían las gracias.

D. JOSÉ.—¡Con que al sabio la Condamine le gustaban también las muchachas! eh?

DOÑA MARG.—Aquel grande hombre se llevó el retrato como cosa particular.

D. JOSÉ.—Margarita, Margarita:

Al que tiene entendimiento
Amor con más fuerza hiere.

DOÑA MARG.—Esa consideración me hace ver con inquietud la tristeza de Camila. Tal vez nuestra querida hija vendrá á morir de melancolía. No le aflige la soledad ni la pobreza en que vivimos, sino la memoria de Diego. ¡El era tan prendado! Su virtud, su noble carácter, su fina educación, su gallarda presencia, todo concurría, todo le aseguraba el cariño de una joven juiciosa, virtuosa y sensible. Los tiranos le precipitaron al sepulcro en la primavera de su vida. El pereció sin duda en aquella tarde terrible en que asesinaron á todos los patriotas presos en la cárcel, y después salieron matando por las calles del desventurado Quito, sin distinción de estado, edad y ni sexo.

D. JOSÉ.—El murió sin duda, pues era uno de los patriotas presos en la cárcel.

DOÑA MARG.—Si hubiese escapado, lo habría sabido al momento su hermana la Jesusita.

D. JOSÉ.—Tiempo tuvimos para saberlo por sus parientes en los tres días que permanecemos ocultos en la casa del venerable obispo, el gran patriota Cuero y Caicedo, mi antiguo amigo. ¡Cuál habrá sido la suerte de este hombre apreciable! Sus años, sus temores, propios de su edad, las consideraciones de su empleo, le impidieron venir en nuestra compañía, y esconder

se en estas selvas á la implacable venganza de los opresores. Mas ya hemos conversado mucho, y la chica está solita trabajando en el huerto. Haz que salga á descansar. Yo voy á concluir la mesita que te estoy haciendo.—(Vase).

DOÑA. MARG.— El tiempo se va descomponiendo. — (Mirando al cielo.—(Vase.—*La encuentra Camila y le besa la mano*).

ESCENA II

CAMILA sola

CAMILA.—Se aliviara la suerte de los oprimidos, si los tiranos pudiesen ejercer su imperio abominable sobre los corazones y sobre los ánimos; si pudieran arrancar al corazón sus afectos, y al alma sus dulces y preciosas memorias. Pero el desdichado ve el suelo de su patria empapado en sangre; ve la saña y el furor de sus verdugos; y se concentra en sí mismo, y halla en su corazón la libertad que le arrebatan los perversos. El terror de la muerte y de la ignominia nos condujo á estas selvas, tan antiguas como el mundo; preferimos la vista de los salvajes y de los tigres á la de los satélites y ministros del gobierno español; pero la amable imagen de mi esposo me acompaña por todas partes.

Parece que la soledad de estos recintos sombríos y el silencio de la naturaleza, aumenta la sensibilidad del corazón. Siento avivarse mi ternura, y la idea venerable y consoladora del Sér Supremo llena mis potencias.

¡Oh Dios! Vos sois tan benigno para los buenos, como terrible para los malvados. Vos premiáis en la mansión de lo justos las virtudes de Diego y preparáis confusión y exterminio para los enemigos de la patria,

para los verdugos de la América, para los monstruos sedientos de sangre.

Pero ¿qué certidumbre hay todavía de la muerte de mi marido? ¿No corrió un rumor de que un patriota había escapado? ¿Y no podía ser éste Diego? Tal vez anda errante por los montes, ó le oculta alguna cueva... Mas ¡ay! tal vez gime de nuevo en una cárcel, y aguarda la muerte en un inmundo calabozo. Tal vez se le prepara algún veneno. De la crueldad de los tiranos todo debe sospecharse. Y si se hubiese escapado ¡cuántas diligencias harían para prenderlo! Hay también tantos débiles, tantos hombres despreciables que viven de bajezas... Ellos lo entregarían; sí, lo sacrificarían. El era tan notable por sus circunstancias, y había tomado una parte tan decidida en la revolución! Pero... ¿y la reputación de su tío el canónigo no le habría sido de alguna utilidad? No, el mismo canónigo habrá tenido una suerte infeliz. Los tiranos están armados, no sólo de la fuerza, sino también del arma terrible de la superstición. La ciencia de aquel anciano ilustre; su bien merecida fama; sus diligencias para que se hiciesen de balde los matrimonios, con la laudable mira de poner un dique á la corrupción de costumbres, heredada de los españoles; sussolicitudes parageneralizar el estudio de las lenguas extranjeras y de las matemáticas; y también su celo para que se estableciesen casas de labor para las mujeres pobres, y de corrección para las malas casadas... todo le había adquirido enemigos ocultos y formidables. ¡Qué no sea posible hacer bién sin cargarse del odio y de la execración de los hombres!

Y no obstante, ¡el placer de hacer bien es tan delicado y tan dulce! — (*Principio de tempestad: relámpagos y truenos á lo lejos. Camila mira al horizonte*).

Mas un salvaje baja por el monte; sin duda él ha

divisado y reconocido nuestra chocita, y viene á ella á guarecerse de la gran tempestad que amenaza.

DOÑA. MARG.—(*Desde la puerta de la choza*). Niña, retírate; ven adentro. ¿No oyes los truenos? ¿No ves los relámpagos? El cielo se ha oscurecido repentinamente.—(*Vanse*).

ACTO II

La vista anterior.

ESCENA I

DON JOSÉ Y YARI.

D. JOSÉ.—¡Qué bello es aquí el aspecto de la naturaleza en la mañana! Y cómo se reanima y se sonríe después de pasada una tempestad!

YARI.—Para mí vuestro huertecito es más bello y más gracioso.

D. JOSÉ.—Cuanto en él habéis visto, es obra de mi mujer y de mi hija. Qué saludable les es el trabajo. El las distrae, las alegra, las robustece.

YARI.—Hemos nacido para trabajar y para buscar el alimento con el sudor de nuestro rostro. La naturaleza es madre sabia y benéfica.

D. JOSÉ.—Lo demás que habéis visto, la casa, los pobres muebles, todo es obra de mis manos. Si supieran los padres de familia de cuánta utilidad es para sus hijos enseñarles un oficio mecánico! Esta es una de las mayores riquezas que pueden dejarles después de sus días. Este es un recurso seguro en la adversidad. ¿Creeréis que trajimos con nosotros martillos, limas, hachas, etc.? Pero vos pasasteis mui mala noche; os sentí desvelado, y habéis madrugado mucho.

YARI.—¡Cómo había de dormir con la relación que hicisteis de la muerte trágica de Salinas! ¿Con que los ti-

ranos lo asesinaron? ¡Qué hombre perdió la patria! Qué corazón aquél! Qué entendimiento! Si pudiera yo traer aquí y hacer felices á su viuda y á su desesperada hija! De tales personas es patria natural nuestra nueva Filadelfia.

D. JOSÉ.—¿Qué nueva Filadelfia es esa? Habláis también el español. . . . vuestro lenguaje, vuestras ideas, vuestros sentimientos, todo me admira; no sé qué pensar. Santo varón! nos seáis algún ángel. . . (*Yari se sonrie*).
¿Sois algún ángel?

YARI.—Soy un indio de la tribu de los omaguas. Me crié en Jeveros. Serví allí al señor Salinas. El me enseñó á leer y á escribir; me trató con bondad paternal; me llenó de beneficios. Después la divina providencia me condujo á Lima, y logré hacer algunos estudios á la benéfica sombra de los señores Gave y Acrove.

D. JOSÉ.—Tengo larga noticia de esos caballeros. Son tan nobles como generosos; officiosos y fieles amigos.

YARI.—¡Qué dulce es, sea en medio de las ciudades, sea en la soledad de las selvas, acordarse de sus fieles amigos, y de sus bienhechores! (*Se enternece*).

Florecían en Lima en aquella época hombres eminentes. Tuve la fortuna de oírlos, de admirarlos, y de leer sus excelentes libros. Restituído á estas regiones, atraído por los irresistibles encantos de un amor honesto, ya os conté anoche que soy esposo y padre; que vivo feliz y tranquilo; y que mi tierna hija es muy sabidita y hermosa. Soy cuñado del cacique, ó gobernante del país, y estoy como todos sus amigos con la cabeza llena de grandes proyectos y cargado de comisiones de beneficencia. Mas ya viene á acompañarnos vuestra amable familia.

ESCENA II

LOS MISMOS Y LA FAMILIA DE DON JOSÉ

D. JOSÉ.—Margarita, ¡qué rato de conversación has perdido! pero aún falta lo mejor.

DOÑA MARG.—Hemos estado ocupadas. Nuestro huésped dispensará nuestra pobreza... Tendréis, señor, la bondad de llevar para vuestra mujercita este relicario. Las dos miniaturas que contiene, son de la mano de mi hija. Por una parte, se ve á la humanidad, que aparta horrorizada la vista de la cabeza ensangrentada de un criminal ejecutado, que le presenta un verdugo. Por el otro lado, se ve á la América, nuestra madre, saliendo de las sombras, coronada de laureles.

YARI.—(*Sonriéndose*). Y ¿qué significa ese león que está postrado á sus pies?

DOÑA MARG.—Ese es el ¡león de las Españas!

YARI.—¡Bella idea y expresada primorosamente! ¡Qué hallazgo hemos hecho! El gobernante se vuelve loco con ustedes. Ustedes se vienen conmigo... siquiera un paseíto á nuestra población... llegaremos allá á las diez del día... el tiempo está hermoso... No hallaréis las obras maestras de arquitectura de Quito; pero sí las habitaciones sencillas de un pueblo trabajador, frugal y feliz. Entretanto, si la señorita Camila me quisiera hacer un favorcito.....

DOÑA MARG... ¿Cuál?

YARI.—Ese manuscrito de su mano. Yo quiero tener el placer de presentárselo al Cacique, y sorprenderlo.

CAMILA.—Es vuestro, lo llevaréis.

YARI.—¿No me diréis ahora, cómo el sanguinario Arredondo, jefe de las tropas de Lima, prendió á los patriotas, faltando á las promesas y proclamas que habían precedido?

D. JOSÉ.—¿No sabéis que los tiranos no nos guardan palabras, porque dicen que somos rebeldes?

YARI.—¡Pérfidos! y los americanos siempre crédulos y confiados! Llamarlos á ustedes rebeldes! ¿Con que nuestras tribus serán rebeldes porque no se dejan despedazar por los tigres y los osos? Luego será preciso declarar rebelde á la naturaleza, de quien recibimos el instinto de no dejarnos oprimir; á la naturaleza, que nos inspira el deseo de la felicidad. El corazón humano está en un movimiento continuo anhelando por verse libre y dichoso. Las pretensiones de la España están en contradicción con la naturaleza. La naturaleza separa de los padres á los hijos, desde que están crecidos y se hacen hombres. La naturaleza divide las poblaciones en independientes familias, y la gran sociedad del mundo en naciones independientes, que son grandes familias. Y ¡qué una pequeña parte del mundo antiguo, la parte más oscura y atrasada de la Europa, se atreve á llamar rebeldes, y quiera tener por esclavos á los habitantes de casi todo el nuevo mundo! Esto es insufrible. Mejor es vivir entre las fieras para no oír tales monstruosidades. Ellas harán más odioso el nombre de los opresores; y harán más interesante la gran causa de la razón, de la humanidad y de la naturaleza. La madre América, después de haber excitado las lágrimas de todos los pueblos, oirá los festivos aplausos con que solemnizarán su independencia y sus victorias.

D. JOSÉ.—Sin duda, la América será libre, confío en Dios: el fuego de la libertad ha de conmover toda su vasta masa; pero antes que llegue la última escena de este drama interesante; ¡cuánto nos hace padecer la injusticia! (*Toda la familia se enjuga los ojos*).

YARI.—¡Pobrecitos! Vuestra emigración debió ser muy penosa. ¿Cómo vencisteis tantas dificultades?

DOÑA MARG.—Desde Quito hasta las orillas del Napo ca-

minamos á pie diez días. Aquel camino es uno de los más ásperos que se conocen. Llueve diariamente, y veníamos cargados de las cosas más necesarias. Consideradnos por aquellos eternos lodazales, mojados día y noche, y con las agonías del miedo, ya de los tiranos que podían seguirnos y prendernos, ya de las bestias feroces que abundan tanto en estos climas.— Llegados á las márgenes del río, unos paisanos vuestros nos recibieron en su canoa; y anduvieron tan generosos que no admitieron recompensa alguna, diciéndonos que todo hombre está obligado á servir y amparar á los infelices. (*Breve silencio*).

YARI.—Señor don José: ¿aún no habéis subido á la cumbre del cerro vecino?

D. JOSÉ.—Apenas hemos reconocido el país por el temor de los animales feroces.

YARI.—Ese temor os demuestra que la naturaleza no nos crió para vivir solos. La sociedad no es necesaria para existir. Venís, pues, á vivir con nosotros. Jamás os arrepentiréis. Ya os dije, siquiera por curiosidad, por paseo.

Desde el cerro se descubre la vista más pintoresca é imponente, que dilata á un ánimo americano: el profundo río de las Amazonas, el mayor del mundo, este mar de agua dulce, que anda mil ochocientas leguas desde su origen hasta el Océano Atlántico. El recibe en sí innumerables ríos, canales naturales para el comercio y comunicación de todo el Perú, de toda la Nueva Granada, del Brasil, de la Europa. Sus orillas son vastos continentes, poblados de mil pequeñas naciones, y de bosques eternos de maderas exquisitas, de frutales deliciosos, del cacao, del árbol de la quina; presentes espontáneos con que la patria convida y llama á su seno á todas las naciones del mundo.

D. JOSÉ.—Por mí no hay dificultad para acompañaros;

mas ya veis que en esta república yo no tengo más que un voto. Si las señoras gustan....

DOÑA MARG.—Mi parecer es que ahora mismo partamos.

CAMILA.—Señores: pido la palabra; nuestro huésped no se ha desayunado todavía y son las nueve. Comamos, y emprendamos al instante la nueva jornada.

DON JOSÉ.—Está sancionado.

YARI.—(*levantándose con viveza*). Pues, señores, aplauso, aplauso. (*Palmea*).

ACTO III

Recinto rodeado de grandes árboles, que lo cubren con su sombra, y ocupa todo el teatro.

ESCENA I

EL CACIQUE, YARI Y COPI.

CACIQUE.—Dar audiencia al pueblo á la sombra de estos árboles, recuerda las antiguas edades del mundo, y la infancia de las naciones.

¿No fuera posible que empezase por aquí en Sud-América el imperio de la razón y de las leyes sabias y paternas, como el blando resplandor de la aurora? Un pueblo nuevo, sin lujo, sin heredadas preocupaciones y costumbres, puede presentarse libre de aquellas máximas bárbaras, que por la serie de los siglos han hecho gemir á la humanidad. Ni es difícil que toda la América se avergüence al cabo de sus rancias ilusiones. Entrando en sí misma conocerá sus verdaderos intereses y romperá sus cadenas. Es probable que sus primeros pasos no sean firmes ni prudentes. La especie humana es como la naturaleza, que en el seno de las tempestades prepara maravillas. La América tendrá su juventud; esta es la edad de los extravíos; mas en la escuela de los infortunios aprenderá á

seguir las lecciones terribles que reciba de la experiencia. (*Sale Yari: habla en secreto con el Cacique; le entrega un cuaderno. El Cacique lee la carátula del manuscrito; lo dobla; y queda por algunos instantes pensativo. Habla en seguida con Yari. Yari se retira. En la siguiente escena, el Cacique se reviste de un carácter terrible.*)

CACIQUE.—Copi.

COPI.—Señor.

CACIQUE.—Que se presenten esos extranjerros.

ESCENA II

EL CACIQUE Y LA FAMILIA QUITENA

CACIQUE.—Estáis perdidos; este manuscrito os descubre y os condena. En él, se leen vuestros nombres; los mismos que están comprendidos en las requisitorias del español gobernador de Jeveros, que reclama vuestras personas con severas amenazas. Se supo que habías emprendido vuestra fuga hacia estas regiones, y se sospecha que os ocultáis en mis dominios. Yo no quiero tener á esos hombres por amigos ni por enemigos. No quiero provocar su venganza. Es necesario que os resignéis; yo os voy á entregar á los españoles.

(*Los quiteños se miran espantados los unos á los otros.*)

DOÑA MARG.—¿Unos patriotas infelices no hallarán asilo ni entre sus mismos paisanos?

CACIQUE.—El gobernante español tiene fusiles y cañones; nuestras armas son pocas lanzas y débiles flechas. En caso necesario, si peligrase nuestra libertad, nos burlaríamos de su furor sanguinario. Mas, no habiendo necesidad, yo no debo exponer mi pueblo á una guerra inútil.

D. JOSÉ.—Y ¿las santas leyes de la hospitalidad?...

Y ¿la compasión y la humanidad no hablan en vuestro corazón por nosotros?

CACIQUE.—Y ¿qué hospitalidad halló entre ustedes aquel pariente del *Muy Alto y Muy Poderoso Príncipe José Gabriel de Tupac-Amaru* cuando huyendo de la horrenda carnicería, que hacían los realistas en su país, buscó en el vuestro un asilo infeliz y oscuro? Vosotros lo asesinasteis en la cárcel en el silencio de la noche.

D. JOSÉ.—¡Nosotros! El presidente de Quito y los ministros de su audiencia cometieron esa maldad.

CACIQUE.—Visteis tranquilos la muerte del desventurado príncipe, y no hicisteis en su defensa movimiento alguno.

D. JOSÉ.—Estábamos bajo la espada del despotismo. La España era respetable entonces, en el reinado de Carlos III.

CACIQUE.—Visteis correr la sangre del alto príncipe, y no derramasteis una lágrima. Divididos entre vosotros mismos, alimentando odios y envidias, despreciándoos recíprocamente; insensibles, desnaturalizados, visteis con fría indiferencia el trágico fin de un americano ilustre. Tal vez disteis elogios á la crueldad de sus verdugos.

DOÑA MARG.—Hasta ahora se habla en Quito con horror de aquella bárbara atrocidad.

D. JOSÉ.—Nosotros veníamos tan confiados en la equidad de vuestras leyes.

CACIQUE.—¿Qué leyes ha de haber aquí? ¿No se dice entre ustedes que los americanos nada bueno saben hacer, ni inventar? Pues ¿quién habría sabido aquí hacer leyes? ¿Ni qué leyes podemos tener en medio de nuestra actual degradación? Compelidos por la injusticia del gobierno español á buscar la seguridad y la libertad en los bosques y entre las fieras, hemos

aprendido de los tigres y de los leopardos á ser sanguinarios y feroces.

CAMILA.—¡Quién habría creído que abrigase estos sentimientos la generosa tribu de los omaguas! Fueron de esta tribu las varoniles amazonas, que en tiempo de la conquista pelearon contra los españoles, y adquirieron un nombre inmortal; y ahora los omaguas han de entregar al gobierno español los patriotas para que sean víctimas de su tiranía! para que sus verdugos tengan el placer atroz de derramar nuestra sangre!

CACIQUE.—(*Aparte*). Y qué piquito tiene la muchachita! y qué espíritu!

CAMILA.—¿Os olvidáis que la sangre de los primitivos habitantes del país corre por nuestras venas?

CACIQUE.—Bien pues: sólo los vínculos de la sangre, sólo los lazos del matrimonio os pueden naturalizar en el país y os pueden salvar. Este es un pretexto honesto, que yo alegaré al gobernante español que reclama vuestras personas. Es necesario, es indispensable que deis vuestra mano á mi primer ministro. El es de sangre esclarecida, es galán, y posee un corazón adornado de virtudes.

CAMILA.—Santo Dios! Nó señor, nó; mi corazón no es mío; no puedo disponer de él.

CACIQUE.—Esa es vuestra soberbia, ese es el alto desprecio con que nos tratáis. Las jóvenes de Sud-América menosprecian generalmente á todos los americanos. Desde el principio prefirieron para esposos á los españoles. Guardan para los españoles sus gracias, esas gracias delicadas, sublimes, divinas, que recibieron del cielo para nuestra felicidad. Ellas quisieran que reinasen eternamente los españoles, para reinar con ellos. Ellas desean que permanezca la patria en perpetua servidumbre, seguras del imperio que han de ejercer sobre sus débiles amantes. Ellas verían con placer la opresión universal del país; oirían con alegría

los horrendos decretos pronunciados contra los americanos por sus inhumanos esposos. Así educan á sus hijos en el amor de la tiranía; y oponen obstáculos á la libertad. Oh! qué furor! qué indignación! Las hijas de América abrazarán á nuestros verdugos y huirán con desdén de los brazos robustos de los héroes de la patria! Americana degradada, vuestra presencia me avergüenza. Ojalá hubieseis nacido á la otra parte del mar, entre los tiranos, para que no deshonraseis á la patria con vuestros sentimientos.

DOÑA MARG.—(*Llorando*). Esta criatura es patriota desde que tuvo uso de razón.

CACIQUE.—Nó, yo sé que no es así. Os acompañó en la fuga únicamente por necesidad. Nó, no serán satisfechos sus deseos. Ella se alegraría de ser entregada á los españoles. No lo será. La enviaré de obsequio á un cacique vecino y amigo mío; y será ó su esposa ó su esclava. Ustedes, sí, ustedes serán puestos en las manos del gobernador de Jeveros.

CAMILA.—(*Echándose á sus pies*). Señor...

CACIQUE.—Alzad. ¿Daréis la mano al ministro?

CAMILA.—No señor; mi corazón no puede complaceros. Pero si la ancianidad de unos padres desgraciados, si las lágrimas de una infeliz os pueden conmovier... si sois hombre, si sois americano, si sois compasivo...

CACIQUE.—Nada me digáis; retiraos de mi vista. Hola!

COPI.—Señor...

CACIQUE.—Lleva á esos extranjeros; que estén incomunicados, mientras se preparan las escoltas, que han de conducirlos á sus respectivos destinos. *Vase la familia quiteña con Copi. El Cacique aguarda que estén algo distantes*).

CACIQUE.—Copi.

COPI.—Señor.

CACIQUE.—(*Mirando adentro para no ser oído de los extranjeros*).

Llévalos á mi casa nueva y todo cuanto.. (*Le habla en secreto*).

COP1.—Se hará todo puntualmente (*Vase*).

ACTO IV

Sala pequeña de la casa del Cacique, adornada al gusto inglés.—La familia de Quito aparece en triste silencio por algunos instantes.

ESCENA I

LA FAMILIA QUITENA SOLA

DOÑA MARG.—Ved lo que después de tantas calamidades nos tenía reservado la fortuna.

D. JOSÉ.—No digas la fortuna. La Providencia Omnipotente y adorable gobierna todas las cosas de este mundo. Tal vez quiere probar nuestra constancia. o tal vez compadecida de nuestra cansada ancianidad, quiere llevarnos á descansar al cielo, donde no se ven llantos, ni injusticias. Desde aquella morada de delicias puras é inefables, más elevada que las estrellas, veremos las glorias de la patria y los progresos de sus hijos. También en el cielo se ama la patria. Aquel es imperio de las virtudes. Las pasiones, los particulares intereses, quedan acá abajo para eterno tormento de los hijos de los hombres.

Hija mía, ya sabes que la gloria de una heroína es morir por su patria, y que la gloria de toda mujer es morir por el honor.

CAMILA.—Por si acaso nonos viéramos más, dadme vuestra bendición. Dejad que bese vuestra mano por última vez. (*Se arrodilla a los pies de sus padres*).

D. JOSÉ.—Dios te dé fortaleza; Dios guíe siempre tus pasos por la senda de la virtud. ¡Oh Dios! inclínad, sobre esta pobrecita desamparada, y que se halla en

medio de tantos peligros, vuestros blandos ojos, llenos de clemencia. Nosotros de nada le podemos valer.

DOÑA MARG.—Dios te llene de bendiciones. Levántate hija mía; el corazón no sufre ni tanto dolor, ni tanta ternura. (*Camila vuelve á su asiento. Todos se enjugan los ojos. Breve silencio*).

CAMILA.—Como el cacique habló del buen carácter del ministro, he pasado á este señor un recado suplicándole que me oiga por unos instantes. Me echaré á sus pies y le pediré que respete la fidelidad de una señora casada, ó la ternura de una viuda que quiere ser fiel á la memoria de su difunto marido. Siento en mi corazón no sé qué consuelo, no sé qué presagio feliz. Tal vez Dios nos envíe por la mano del ministro la libertad y todas las felicidades.

D. JOSÉ.—¿Y quién llevó el recado?

CAMILA.—El paje del cacique.

ESCENA II

LOS MISMOS Y COPI

COPI.—Señora, se hizo presente vuestra solicitud. El cacique quiere daros audiencia otra vez. Queda suspenso la resolución anterior. La mujer del señor Yari desea que os presentéis en la audiencia vestida al uso de las señoras del país. Esto es lo primero que hacen las extranjeras, que quieren domiciliarse entre nosotros. Yo deseo que sigáis el consejo de esta señora, que es muy amada del cacique, su hermano. Ella os envía un traje gracioso y algunas joyas, y os suplica que tengáis la bondad de aceptarlas. Los paisanos que os condujeron en su canoa, eran criados de la casa del señor Yari, os remiten tres onzas de oro que dejasteis en la canoa; y desean que Dios os saque con bien del trabajo en que estáis. Todo se halla en el cuarto en

que os habéis de vestir. Dos matronas y dos señoritas muy bonitas, sus hijas, han de venir para iros acompañando hasta la audiencia. Entre tanto, el cacique quiere que estos señores se diviertan con las curiosidades de su pequeño gabinete.

D. JOSÉ.—Vamos, pues. (*Vanse todos*).

ESCENA III

Mutación. Recinto sombrío en que da audiencia el cacique. Algunas salidas.

EL CACIQUE Y LA CACICA SALEN POR DIFERENTES PUNTOS

LA CACICA.—Compañero, ¿qué has dicho á esos pobres que salieron de aquí tan afligidos? Dicen que la niña iba hecha un mar de lágrimas. Fuí á visitarlos, y no se me permitió verlos, por estar incomunicados de tu orden.

CACIQUE.—No merecen compasión; son rebeldes, son de los llamados patriotas, son unos insurgentes.

LA CACICA.—¡Y estas palabras pronuncia un hombre educado en los Estados Unidos de Norte América! ¿Esto es lo que aprendiste en un colegio de aquella gran república? ¿Para esto te llevó el señor Monson? ¿Este es el fruto de sus bondades?

CACIQUE.—Sabes que Jeveros es la capital de los establecimientos españoles en Mainas. Su gobernador reclama las personas de estos extranjeros y es necesario entregárselas.

LA CACICA.—Eso nó; primero se arruinaría todo el pueblo. ¡Los omaguas habían de envilecerse tanto! Estos extranjeros son defensores de la causa más ilustre que ha visto el mundo. ¿Y á quién iban á entregarlos?—á los españoles—á los españoles!

CACIQUE.—Ya te he dicho que no te mezcles en las cosas de gobierno. ¿Somos aquí como los gobernantes españo-

les, que por complacer á sus mujeres cometen las mayores iniquidades? En la administración de los negocios públicos no se debe oír la voz de las mujeres. Tú no tienes cabeza para estas cosas.

LA CACICA.—Pero tengo un corazón recto y compasivo.

CACIQUE.—Ustedes son puras lágrimas. Por ustedes no se declaró la guerra á los ucayas. Como en las deliberaciones sobre la paz y guerra, nuestras costumbres conceden voto á las madres y á las esposas de los principales guerreros, vosotras llenasteis de gritos la asamblea y ganasteis la votación. Ya se ve, ¡la naturaleza dió tanta eficacia á vuestras lágrimas y vuestros enojos! Y los ucayas están cada día más atrevidos.

LA CACICA.—Y ¿cómo habíamos de permitir, que los americanos se hiciesen la guerra unos contra otros? Los hijos de una misma madre, los hermanos, ¿habían de correr á degollarse como frenéticos? Este hubiera sido un crimen de que se espantaría la naturaleza. Vamos al caso: la prisión de esos extranjeros es escandalosa. Ellos deben hallar aquí protección, seguridad y generosidad.

CACIQUE.—Oye, chica. (*Habla con ella en secreto*).

LA CACICA.—Me alegro mucho . . . pero soy la última que sé las cosas.

CACIQUE.—Sí, señor . . . nuestro amigo . . . tu ministro. . .

LA CACICA —Si es tan alhajita!

CACIQUE.—Felizmente sucede en las fiestas de las heroínas de la patria. Como gusto tanto de las sorpresas, tenemos tres días de funciones, y nadie sabe en el pueblo como son. El cacique de los ucayas, aquel que fué mi enemigo, ha tomado un grande interés en complacerme, y nos ha de enviar quienes nos diviertan con dos funciones teatrales de mucho gusto. Tú guarda secreto: mi corazón ya no sufría ocultarte lo que hay.

LA CACICA.—Cuéntame, pues, cómo son esas funciones.

CACIQUE.—La primera noche se presenta la Basilia. Su asunto es una jovencita de raro mérito y hermosura, que pasando mil trabajos llegó á un país de América desde el centro de la Alemania; y tuvo que reembarcarse precipitadamente de miedo de los quemadores. Su pobre madre murió de pesadumbre al ver frustradas sus esperanzas pues, donde creía haber hallado amparo, no había encontrado más que perseguidores.

LA CACICA.—¿Esos quemadores fueron los que quemaron las casas de Guayaquil?

CACIQUE.—¡Jesús! Petronita. Estos quemadores no quemaban casas, sino hombres y mujeres. Entregaban á las llamas á cuantos no pensaban como ellos en ciertas materias oscuras. Es incalculable el número de víctimas que sacrificaron en Holanda, Italia, España, Portugal, etc. Ni aun el profundo genio de los matemáticos ingleses puede determinar el número de familias que redujeron á la mendicidad y al infortunio.

LA CACICA.—¿Y por qué se les dejaba cometer tantas maldades?

CACIQUE.—Estaban sostenidos por grandes intereses y por grandes usurpaciones.

LA CACICA.—A ninguno ha de gustar ver á esos monstruos sobre el teatro. Las mujeres le querrán tirar hasta con los asientos.

CACIQUE.—Ya lo veo. Pero la obra es utilísima, y agrada por sus escenas tiernas y lastimosas. Fuera de eso, su desenlace es consolador, es como sigue: La amable Basilia estuvo para perecer en el mar, y padeció indecibles calamidades, pero llegó á Filadelfia, y fué recibida con una hospitalidad muy caritativa y generosa: en ocho días se le colectó y formó una dote de setenta mil pesos. Se ha casado, y vive actualmente llena de comodidades en Sud-Carolina.

LA CACICA.—Tú habrás visto representar esa comedia.

CACIQUE.—No. En Estados Unidos jamás fuí al teatro, porque los cuáqueros nunca van á la comedia.

LA CACICA.—¿I qué hacen metidos en su casa toda la noche?

CACIQUE.—Se están trabajando, leyendo, escribiendo, encomendándose á Dios, jugando con sus hijitos y hablando con su mujer. Son hombres excelentes y muy caritativos. Y sin embargo los quemadores los detestan; quisieran poder quemarlos á todos, sin perdonar á sus amabilísimas esposas. Los quemadores prohibieron con terribles amenazas la lectura del *Eusebio*, porque elogiaba sus virtudes. En la Habana, unos amigos me llevaron al teatro, pero la *Basilía* no puede representarse en las poblaciones españolas.

LA CACICA.—¿Por qué?

CACIQUE.—Porque hombres perversos han hecho creer al rey de España que los quemadores y los amigos de los quemadores son las columnas de su trono. Además de esto, los pueblos supersticiosos son muy corrompidos y frívolos, y gustan de tramoyas de enamoramientos, y otras cosas tan frívolas como ellos mismos. Tratemos ya de la segunda noche.

Pues, señor, la función se abre con una sinfonía bellísima, obra de una porteñita de Buenos Aires.

LA CACICA.—Malo, malo...

CACIQUE.—Voto á los demonios.... ¡No digo que es usted muy incapaz! No se puede tener con usted un rato de conversación. Un inglés muy hábil llevaba esa obra para el teatro Drury-Lane, y me regaló en Baltimore una copia, y sale usted con malo, malo....

LA CACICA.—Yo decía....

CACIQUE.—Pues, lo que dicen los mentecatos, que nada bueno se hace en América. Como ellos nada leen, por eso no tienen noticia de las producciones de plumas americanas, que han obtenido en Europa un univer-

sal y sostenido aplauso. Entre mis pocos libros, hay algunos excelentes de chilenos, limeños y mejicanos, traducidos al inglés.

LA CACICA.—Como nosotros no sabemos, hablamos así no más.

CACIQUE.—La obertura descubre el carácter porteño, cual lo describen los ingleses. El andante es dulcísimo, como aquellos dúos delicados que ejecutamos con la flauta el ministro y yo; pero el alegre, el presto, el prestísimo, son el fuego del mundo; parecen que asaltan una batería con sable en mano. Ese pueblo no ha de quedar en oscuridad. ¡Y qué bonita era la portenita! El inglés llevaba su retrato. El decía que el retratista le había hecho muy poco favor, por haberla pintado muy morenita; aunque las morenitas suelen ser las más interesantes.

LA CACICA.—En comenzando vuesa merced á hablar de estas cosas, no tiene cuando acabar. Ya vamos para viejos. Diga usted qué hay después de la música.

CACIQUE.—Ya no me acuerdo.

LA CACICA.—No muela usted, señor.

CACIQUE.—Es que como ya vamos para viejos. . . . como la memoria se pierde con los años. . . .

LA CACICA.—Sí; pero de las inglesitas no se olvida usted, no.

CACIQUE.—Pues, señor: después de la música sigue un pequeño drama sentimental, cuyo título es: *La Caridad Maternal*. Su asunto es el siguiente: Unas señoras respetables de Sud-América, presididas por la amable esposa del gobernante del país, se reunieron y formaron una sociedad con el fin de educar huérfanas, y amparar doncellitas pobres, librándolas de las asechanzas de los seductores, siempre crueles y desnaturalizados. Y tiene usted que á lo mejor la sociedad fué perseguida, y las señoras se disgustaron.

Las doncellitas lamentan su orfandad y desgracia, é inspiran la más profunda compasión.

LA CACICA.—¿Y quiénes, y por qué persiguieron á la sociedad?

CACIQUE.—Yo no lo sé bien.

LA CACICA.—Pero ello se haría público, porque los ingleses lo pondrían en la cartilla.

CACIQUE.—En la gaceta dirás, Petronita.

LA CACICA.—Sí, eso. ¿No dices que los ingleses ponen en la gaceta cuánto pasa en el mundo?

CACIQUE.—Sí, y lo mismo se hace en Norte América. Y es muy bien hecho, cuando se dice la verdad, cuando no se procede con parcialidad y ligereza, como hace el buen alhaja del *The Courier*. Pero allí viene el ministro; déjanos solos; después hablaremos. (*Vase la Cacica*).

ESCENA IV

EL CACIQUE Y EL MINISTRO

MINISTRO.—Visité vuestra escuela; son palpables las ventajas del método de Lancaster; los alumnos hacen progresos rápidos, asombrosos. La portuguesita ha muerto; no pudieron valerle nuestros socorros; vino la pobrecita ya tan á los últimos....

CACIQUE.—Es una lástima, y ha dejado una hijita.

MINISTRO.—Tres matronas se han presentado pidiendo á la huerfanita para criarla y educarla. La primera es vuestra esposa; alega que tiene más comodidad que las demás. La segunda es la Mercedes, la que se casó anteayer; alega que su casa está muy triste, porque no hay en ella siquiera un muchacho que haga bulla. La tercera es la inglesa patona, la mujer del herrero; alega sus privilegios de extranjera, que le están ga-

rantidos por las leyes. Además, esta señora fué educada en una casa respetable de Liverpool. Por todo esto, he ordenado que sea preferida.

CACIQUE.—Muy bien hecho. En orden á los hilados, ¿qué os han parecido los tornos de nuestra invención? Supe que los estabais experimentando.

MINISTRO.—Han quedado excelentes; cuarenta están ya concluídos; vuestra esposa y la señora de Yari se han encargado de repartirlos por el pueblo. Gustan ellas tanto de hacer bien, y de que el país adelante. . . .

CACIQUE.—Entre los placeres delicados con que el cielo benigno regala al corazón del hombre, el uno es hacer bien á sus prójimos, el otro es ver á sus amigos felices y alegres. Yo estoy muy contento. Amigo: esta noche tenemos una música de los cielos. Una muchachita de dieciocho años, agraciada y eminentemente hermosa, nos ha de cantar aquella ária, que me gusta tanto: *Que le pupile tenere*. Vos la habéis de acompañar.

MINISTRO.—¿Queréis que salga yo llorando entre la gente? Bueno está mi corazón para eso. Ya os he dicho que mi mujer cantaba esa éria con una expresión singular. Me acordáis una comparación de un poeta inglés. «Aquella música es como la memoria de las alegrías pasadas, agradable y triste al ánimo.»

CACIQUE.—¿Qué quiere decir que lloréis? No siempre de dolor se vierten lágrimas. La ternura tiene lágrimas muy dulces.

MINISTRO.—Muy grande es mi dolor. Según los espías, no hay en Quito noticia alguna de mi familia. Tal vez han muerto ó andan errantes por los montes; aunque espero que el misericordioso padre de los hombres tome bajo su protectora sombra á mi tierna y virtuosa mujer. ¡Si supieras qué compasivo era su corazón! Ella se quitaba el pan de la boca para darlo á los pobres. Ella llevaba el consuelo á muchas familias desvalidas.

¡Con cuánta complacencia visitaba á las enfermas! Ella ha conservado muchas vidas, y ha protegido no pocas virtudes. A los seis meses de casados me asaltó una fiebre pútrida, que casi me llevó al sepulcro; mi mujer me asistió con cuidados más que paternos, y apenas se apartaba de mi lecho, hasta que contrajo la misma fiebre contagiosa, que la llevó á los umbrales de la muerte. Entonces decía que moría muy contenta por haber cumplido con sus obligaciones. Ved lo que he perdido. Ved lo que han hecho conmigo los tiranos. (*Se enjuga los ojos*).

Ellos han roto todòs los lazos que me unían á este mundo. Nada tengo ya que perder sobre la tierra. Yo vuelvo á mi país, aunque me maten los opresores. Puede ser que burle su vigilancia, y adquiera alguna luz acerca de la existencia de mi mujer. El cielo, caro amigo, el cielo recompense con sus bendiciones los grandes beneficios que me habéis hecho. No puede decirse otra cosa un infeliz. Dadme un abrazo; yo parto ahora mismo. (*Llorando*).

CACIQUE.—Os ruego que os tranquilicéis.....

MINISTRO.—Dejadme ir á buscar por todos los montes las huellas de mi mujer, ó á llorar sobre el sepulcro en que descansan sus cenizas. Mientras la vida me dure, ofreceré amargas lágrimas á su venerable memoria.

CACIQUE.—Yo tengo poder bastante para restituír á vuestros brazos á vuestra amable compañera. Puedo daros ahora mismo las más felices noticias. Leedme todo el título de este papel. (*Dale el cuaderno.—El Ministro lee en voz alta y pausadamente*).

DEMOSTRACIÓN DE LAS PROPOSICIONES SIGUIENTES:

PRIMERA.—Para remediar la lastimosa despoblación de América, y su atraso en las artes y agricultura, es

necesario llamar extranjeros con el atractivo de unas leyes imparciales, tolerantes y paternales.

SEGUNDA.—Si la América no olvida las preocupaciones españolas, y no adopta más liberales principios, jamás saldrá de la esfera de una España ultramarina, miserable y obscura como la España europea.

Escrita por *Camila Shkinere* hija de los ciudadanos José y Margarita. Dedicada á mi marido *el teniente-coronel Diego*, etc.

MINISTRO.—(*Después de un breve silencio*). ¿Cómo ha llegado á vuestras manos este papel?

CACIQUE.—Amigo mío. . . (*Lo abraza y hablan los dos en secreto*).

CACIQUE.—¿Cumpliréis vuestra palabra?

MINISTRO.—Os lo aseguro.

CACIQUE.—Pues, nuevo Orfeo, venid; yo os colocaré detrás de este árbol. (*El cacique lo lleva por la mano y lo oculta detrás de un árbol, de modo que no vea ni pueda ser visto de Camila*).

CACIQUE.—Hola!

COPI.—Señor.

CACIQUE.—¿Está ahí la señorita extranjera según he prevenido?

COPI.—Sí, señor. Viene con el traje espléndido de las novias del país; trae puesta la vincha que regalasteis á vuestra hermana, la señora de Yari, el día de su casamiento.

CACIQUE.—Pues haz que se presente.

ESCENA V

CAMILA Y EL CACIQUE

(Camila aparece con el rico y brillante traje de las indias novias de Mainas. En lugar de sombrero, trae una vincha negra, ricamente bordada. El cacique se muestra con toda su natural afabilidad, y coloca á Camila donde pueda mejor ser vista y oída de todos).

CACIQUE.—Señorita: estáis más bella que la aurora cuando abre las puertas del sereno día. Tomad asiento.—Me han dicho que deseáis hablar al Ministro. ¿Queréis favorecerle con vuestra mano?

CAMILA.—Ya os he dicho que me es imposible.

CACIQUE.—¿Pues para que deseais ver al Ministro?

CAMILA.—Yo quería postrarme á sus pies. . . .

CACIQUE.—¿Y qué haríais con eso? El os levantaría de la mano, y al mirar vuestros ojos divinos, y vuestros labios de rosa, él mismo se echaría á vuestros pies invocando vuestra piedad. ¿No conocéis el poder de vuestra gracias, y la irresistible elocuencia de vuestros ojos?

CAMILA.—Yo solo sé que tengo honor y que soy una desgraciada, y que vos oprimís con todo vuestro poder á una americana perseguida, á una infeliz mujer. ¿Y son americanos los que hacen esto conmigo? *(Llora).*

CACIQUE.—Si nosotros somos crueles, beberíamos la crueldad en el seno de las madres americanas.

CAMILA.—Los americanos por su misma gloria debían empeñarse en sostener la constancia y el honor de las americanas, Ustedes les arman pérfidos lazos para que sean infieles á su palabra y á sus juramentos. Ustedes miran sordamente el pudor y la virtud con

sus conversaciones escandalosas, y con sus ejemplos de inmoralidad. Las producciones de sus labios no son ménos funestas que las erupciones de *Tunguragna* y del *Cotopaxi* (1). Y si todavía puede haber algo más espantoso, unos á otros se aborrecen y detestan. Por eso, la patria se halla en tantos trabajos; por eso, andamos los patriotas buscando un asilo entre las fieras. (*Llora*).

CACIQUE.—Los omaguas no somos fieras.... El Ministro es una paloma. El también llora inconsolable la pérdida de su amada. Los ecos de los montes repiten sus lastimosos suspiros. Para aliviar su profundo dolor, busca los placeres de la dulce melancolía, tocando la flauta en las noches como Orfeo entre las sombras.

CAMILA.—¡Oh! qué memoria! qué memoria! (*Derrama un torrente de lágrimas*).

CACIQUE.—Vos sola, sí, vos sola podéis enjugar sus lágrimas. Vos sola podéis llevar el consuelo á su moribundo corazón.

CAMILA.—(*Levantándose*). No me aflijáis más. Dejad que esta infeliz lleve hasta el sepulcro su ternura. Dejad que sea fiel á la memoria del mas amable de los mortales. Permitidnos volver á nuestra chocita. Allí encontraremos la paz, que no se halla entre los hombres. Allí viviremos pobres, pero virtuosas, hasta que la Divina Providencia se digne restablecer la suerte de la patria. Entonces llegará hasta nuestro retiro la fama de sus hechos, que ha de llenar toda la tierra. (*Llora*).

CACIQUE.—(*Aparte enjugándose las lágrimas disimuladamente*). ¡Qué lágrimas tan importunas!

CAMILA.—(*Arrodillándose*). Señor, si somos tan infelices que no merecemos un rinconcito en vuestros estados,

(1) Volcanes famosos de Quito.

dejadnos ir errantes por los bosques; la divina clemencia nos amparará. Si queréis sacrificar una víctima á la saña de los opresores, derramad mi sangre; puede ser que así se calme su furor. Respetad los días de mis padres, mirad con compasión sus desgracias y su vejez. Mandad á vuestros vasallos que despedacen mi corazón con sus flechas y sus lanzas; mi postrer aliento será el de mi amor; yo pronunciaré en las agonías de mi muerte el nombre de Diego.—(*El cacique da dos fuertes palmadas, y sale el ministro precipitadamente*).

MINISTRO.—Camila amabilísima; Yo soy Diego. Aquí estoy . .

CAMILA.—¡Oh, Diego! . .

(*Camila queda como desmayada en los brazos de su marido. La música ejecuta entre tanto un andante amoroso dulcísimo, que dura algunos instantes. Todos guardan silencio mientras dura la música*).

MINISTRO.—¡Oh gloria de tu sexo; honor de las Américas; lustre y ornamento de la naturaleza humana!

ESCENA VI

CACIQUE, DOÑA MARGARITA, CAMILA, DON JOSÉ, MINISTRO

(*El Cacique da otra vez dos fuertes palmadas, y salen los padres de Camila con precipitación*).

DOÑA MARGARITA.—Si no lo puedo creer. ¡Camila dar la mano al Ministro!

CACIQUE.—Llegad, señores; abrazad á vuestro yerno.

DOÑA MARG.—(*Llorando*). Muchacho, tú eras!—(*La abraza el Ministro*).

DON JOSÉ.—¡Hijo mío! con el placer de hallarte, y de verte vivo, se olvidan todos los trabajos.—(*Abraza al Ministro*).

MINISTRO.—Desaparezcan las tristes memorias: aquí no hay tiranos, ni perseguidores. Estáis en el asilo de la libertad, entre los hombres de la razón y de la naturaleza, en el seno de la filantropía. Acordáos de la Pensylvania, y creed que ponemos aquí los cimientos de una nueva Filadelfia. El generoso Copi (sabedor por un acaso de las órdenes secretas, y de la inicua trama de uno de los oidores) me dió la libertad y la vida una hora antes de que fuesen asesinados los demás patriotas. Copi es un joven militar penquista, de quien fuí defensor en un consejo de guerra, que se le hizo en Panamá por un caso de honor en consecuencia de ciertos amores, travesuras de mozos. Pero la serie de nuestras aventuras nos proporcionará después conversaciones muy deliciosas. Hemos hallado en el Cacique, mi amigo, á uno de los genios más sobresalientes de la edad actual; su inteligencia es extensa y muy cultivada; su carácter es compasivo, generoso y magnánimo.

CACIQUE.—Yo conozco mi pequeñez; mas os puedo asegurar que miro vuestra causa como mía propia. Lo que me durare la vida, tendréis en mí un defensor, un padre y un amigo. Pero, señores, ¡caros amigos míos! en medio del inefable placer que siento al veros seguros y felices, me remuerden las amarguras momentáneas que derramé en el corazón de esta tierna y fiel esposa, de esta joven incomparable.

(Camila lo mira y se enjuga los ojos).

¡Heroína del nuevo mundo! imperturbable como las Amazonas (cuyo suelo honráis con vuestras plantas); pero más cultas que ellas, y más sensible; yo he querido que vuestro digno esposo fuese testigo de vuestra fidelidad heroica y de vuestra singular ternura. Quise que oyese de vuestros propios labios vuestros nobilísimos sentimientos y vuestras amorosas ansias, para que os amase más, si más es posible. Vuestras

virtudes aparecerán algún día, para gloria de la patria, admirables y excelsas sobre los teatros del mundo. Las americanas sensibles tributarán á la memoria de Camila Shkinere elogios y lágrimas. Me propuse en fin presentar en vuestra persona un gran modelo á las patriotas de Sud América.

